

naturalmente hacia lo colectivo. A través de un complejo y meticuloso trabajo sobre la oralidad, Andruetto consigue hacer circular las fuerzas de la sumisión y las de la resistencia de una sociedad múltiple y contradictoria.

CORINNE PUBILL  
Salisbury University

Vallbona, Rima de. *Senderos del crepúsculo*. San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia (EUNED), 2014. 113p. ISBN: 978-9968-48-080-2

La fecundidad creadora de la autora se hace presente una vez más y en este caso con un poemario. El mismo se estructura formalmente en cinco senderos: I. Sendero(s) de vida, II. Senderos del ser, III. Senderos del alma, IV. Senderos del hogar y V. Senderos del dolor. Y cada uno de ellos está compuesto por varios poemas.

Tres estancias configuran ese viaje interior: la búsqueda de la luz, del ser profundo y doloroso para purificarse y llegar a la luz espiritual y terminar en una estancia unitiva de paz, reconciliación y amor consigo misma y el Creador. Es un proceso de “concientización” que emprende el yo lírico, tras recorrer esos senderos de duda, de agonía, de dolor, de encuentros y desencuentros, de luz y sombras, de angustia y sufrimiento para alcanzar la luz necesaria a su agonía, llena de sombras y anhelos, prisión de su alma, caverna tenebrosa que dejará al final para atisbar momentos sublimes de paz y redención, ya en el reposo del otoño y las evocaciones del ayer cercano a la niñez y la adolescencia. La voz lírica habla de esa búsqueda: “Busco un tiempo sin límites, / como los cándidos tiempos, / de la niñez [...] / un tiempo que penetre en las regiones olvidadas, / donde no hay quejas / ni heridas, / ni reproches, / ni dolores. / Un tiempo poblado de ternezas / y besos y amor / es lo único que busco... / y quiero para mí”.

Es la vida, el amor simbolizado por esa bellísima imagen del gentil azor y la incauta paloma: “Bajó de las alturas en raudo vuelo / y entró en los dominios de la incauta paloma / como ladrón enmascarado de gentil azor. / Dentro ya de su morada, comenzó a robarle sueño, / paz y sosiego, hasta llegar a su corazón. / ¿Podrá la incauta paloma escapar / de las garras afiladas / del gentil azor? / Pero sutil y diestro,

/ el delincuente ocultó sus infalibles garras./Y ahora me pregunto./  
¿podrá escapar la paloma / de las astutas garras del gentil azor? / Di-  
cen los testigos que el ave rapaz fue directo al corazón / de aquella  
lacerada paloma / y le abrió heridas de amor”.

Y las consecuencias existenciales no se hacen esperar. Ese lacerado corazón llora y llora sin consuelo: las heridas la llevan a una búsqueda sin límites. Y prevalecieron las ausencias, las promesas incumplidas y un angustiante vacío, lleno de nostalgias y sombras: “Quiero llorar... / Llorar larga, indefinidamente. / ¿Por qué todo es muerte y dolor? / Quiero llorar...” Y penetra el yo lírico a los más recónditos y profundos espacios interiores y encuentra el vacío más desolador, escorias de libertad y se percata de que es un cadáver viviente, porque “Viviendo como vivo,/ ando muerta... / de tanto llenar con minucias el vacío de las horas... / ¿Es esta la libertad / que tanto ensalzaron los poetas del ayer? / La libertad, / ¿será solo un espejismo / como todo en esta vida?”

La angustia existencial es tal y tan lacerante que implora, suplica al Señor: “¿Para qué persistir, Señor, contra mis deseos? / De una vez por todas / clava tu pica / en el barro frágil de mi frágil vasija, / saturada de aflicción y desengaño”, porque como Prometeo, la voz lírica dice: “Muero extrañamente / minuto a minuto, diluida / en una angustia sin forma ni límites / rompiéndome contra el mundo / y las cosas / y las voces / y contra los actos míos y de los otros. / Muero en el amargo silencio / poblado de susurros importunos”.

Pero su única liberación es la muerte: “Cuando me pierdo / en la urdimbre / de mi laberíntico yo, / una agonía sinfín / me barrena las entrañas, / Tritura mi ser, / lo disuelve / en moléculas infinitas... / dispersas / en la vastedad del universo: / ¡son la nada! / ¡Solo la nada!” Y tal es la angustia que llega al límite pues ya casi eres hoy / fosa, ataúd, tierra y gusanos.”

Luego de tanta angustia y dolor, encuentra en el Señor la luz tan anhelada y deseada, es la luz, la iluminación que la conduce al sosiego, a la paz; solo así vislumbra esa vía unitiva en el amor: “Tu nombre iluminado con luz de estrella, / al nombrarlo, me abrasa / y me mata con muerte de vivo amor...Es de esta manera que, ya sosegada su vida espiritual, vienen las evocaciones de escritores, Gabriela Mistral, Jorge Debravo, Lilia Ramos, Eunice Odio y hasta el mismo César Vallejo.

En uno de los más bellos poemas que se titula “El paraíso niño”, la voz lírica recuerda su niñez en Costa Rica, concretamente los nacimientos navideños en Las Nubes de Coronado y las viejitas que recibían a los niños con tortillas y requesón. ¿Y qué decir del poema “El brebaje mágico”, donde el perro Leoncio es el protagonista de un poema maravilloso, hasta con moraleja incluida, hermoso y lleno de picardía y encanto. Finaliza con unos poemas dedicados a Debravo y Vallejo donde poetiza el amor y la compasión de los niños con hambre del África oscura y triste en contraste con la abundancia de un país rico como Estados Unidos de América.

Sin duda alguna un poemario, el único que Rima ha escrito, lleno de dolor y amor, de vida y muerte, de luz y sombras, capaz de enternecer y hacer llorar al lector pero sobre todo con una clara visión humana que nos invita a vivir intensamente en el ser y luchar agónicamente por alejarse del parecer y refugiarse en el ser sin importar si se sufre, se llora y también se ama y se disfruta. Esa es la síntesis existencial: vivir más allá del dolor.

BENEDICTO VÍQUEZ GUZMÁN  
*Universidad de Costa Rica*

